

Misa del Encuentro Hispano

**Domingo de la XXVII semana del tiempo ordinario, año C
6 de octubre de 2019**

**Iglesia Católica de San Bonifacio
Edwardsville, Illinois**

**† Reverendísimo Thomas John Paprocki
Obispo de Springfield en Illinois**

Mis queridos hermanos y hermanas en Cristo:

“Los apóstoles le dijeron al Señor ...” Es una frase bastante simple. Sin embargo, la última vez que los apóstoles hablaron en el Evangelio de Lucas fue hace cinco capítulos. Desde entonces, Jesús ha dado docenas de parábolas usando las imágenes de maestros, viñadores, semillas de mostaza, banquetes, torres, ovejas perdidas, monedas e hijos, mayordomos y el pobre Lázaro. Había curado a los lisiados, un hombre con hidropesía, y asistía a cenas. Él enseñó acerca de la vigilancia, el juicio, el arrepentimiento, el discipulado, la misericordia, el adulterio y la vida eterna ... Y ahora los apóstoles se acercan, con todo esto en sus corazones, con todas estas preguntas y preocupaciones en sus mentes, ellos vienen, como nosotros, a *encontrar* a Cristo, para aprender lo que quiere decir con todo esto, lo que nos pide con todo esto, lo que Él nos da en todo esto.

Encuentro. Cristo nos encuentra en todo momento, especialmente a través de los sacramentos, pero creo que hoy nos recuerda su presencia de otras maneras, más simples, constantes y ordinarias, pero en lugares que realmente nos transforman, día tras día, para mayor y mayor conformidad con Él.

El primero es como el del *criado que se encuentra con el Maestro*. Somos siervos de Dios, confiamos como los siervos en nuestro Evangelio, con trabajos de todo tipo. Esta es la tarea sagrada que se nos asignó al principio, cuando Dios le confió a Adán y Eva el “cultivo y cuidado” de la creación. En todas las formas que trabajamos para mantenernos, para cuidar al mundo, a nuestros hijos, todo lo que es nuestra responsabilidad, la propiedad alrededor de nuestras parroquias o comunidades, y cualquiera de los “rebaños” que se encuentran en nuestros escritorios, alrededor de nuestros hogares, en nuestros vehículos, o en nuestras computadoras ... al trabajar de todas esas maneras, actuamos como Cristo, quien durante la mayor parte de su tiempo en la tierra, fue un trabajador manual, construyendo, elaborando, planeando, vendiendo y trabajando con sus manos. ¡No subestimemos el valor de nuestros trabajos! San Pablo habla de esto en nuestra segunda lectura como la primera de las tres disposiciones que nos da el Espíritu

Santo. “Dios no nos dio un espíritu de timidez ... sino un espíritu de poder.” Invertir nuestras energías incluso aquí abajo son momentos sagrados a los ojos de Dios. Ellos son la realidad del poder y la creatividad que Dios confió a la humanidad desde el principio, y de enormes oportunidades para servir a Nuestro Padre, como lo hizo Jesús, durante muchos años, comenzando nuestro trabajo en oración, haciéndolo por el bien de otros, y dedicando nuestros esfuerzos a Dios.

En el muro occidental de esta Iglesia se han dedicado recientemente cuatro nuevas imágenes de santos. Uno de ellos, San Juan Pablo II, nos muestra la santidad de un servidor, la dignidad y santidad del trabajo. Mientras tenía veinte años, había perdido a sus padres, y su amada Polonia fue invadida por los Nazis y luego por los comunistas, y se vio obligado a abandonar sus estudios y su incipiente carrera como actor para ser un trabajador manual en una mina y luego en una planta química, y sin embargo, fue en esos días difíciles que uno de sus compañeros de trabajo comentó que él podría ser un buen sacerdote. Aprendió de esos hombres la perseverancia, la hermandad, la tenacidad y la esperanza en medio de tremendas pruebas, y le ofrecieron tiempo y espacio para la oración, la contemplación y la gratitud, cuando muchos solo habrían sido derribados

por la pérdida y las dificultades. Solo hizo lo que se le ordenó y, sin embargo, confiando en la Divina Providencia, y al mirar hacia atrás, pudo ver su primer seminario y la fragua que lo hizo el santo fuerte y paciente en el que se convertiría.

Encuentro. Nos encontramos con Cristo no solo como siervos, sino con frecuencia, como aquellos de los que Él habla en el Evangelio, también nos encontramos “indignos ... solo hicimos lo que era nuestro deber.” Nuestro trabajo diario, acciones, servicio y obediencia con demasiada frecuencia son imperfectos, irreflexivos o caen en el egoísmo y la ambición. Dios, al principio, nos creó para “ser fructíferos y multiplicarnos,” para darnos a nosotros mismos, para cuidar a los demás, para no apegarnos a nuestras obras, sino para sacrificarlas a Él, modelando nuestra creatividad según la suya, pero ¡cuántos veces nos quedamos cortos! En esta situación, nos encontramos *pecadores*, encontrándonos con Cristo como nuestro Salvador. Las palabras de Pablo a Timoteo nuevamente reconocen la gracia de este reconocimiento, porque el antídoto para nuestra caída es el don del Espíritu, nuevamente no “un espíritu de timidez,” sino de “autocontrol.” En el momento en que nos reconocemos humildemente como pecadores, volcando nuestra caída y amor mal dirigido hacia Él, Nuestro Salvador, Él

puede reemplazar esa debilidad con Su fuerza, ese vicio con el autocontrol que viene de estar gradualmente embebido de la gracia del Espíritu.

Un segundo santo nos recuerda esta obra de Cristo cuando nos encuentra en nuestro pecado. Santa Clara es otro modelo que se nos ha dado, y uno que encarna espléndidamente ese don del Amor de Dios que transforma una vida para ser completamente dedicado y dirigido hacia Él. Nacida como una niña rica, fue el testimonio de San Francisco de Asís lo que la transfiguró, que le dio la gracia de apartarse de cualquier apego a las riquezas y los honores, rechazando a los pretendientes magníficos, el poder de su familia noble y las riquezas que podría heredar, porque ella había permitido que el Espíritu de Dios entrara en su vida, y encontró en ese don, la gracia de alejarse de toda tentación que la alejara Dios y confiar en Él por completo. Se escapó de su casa, se cortó el pelo, adoptó el hábito de pobreza de San Francisco y nunca más abandonó San Damiano, donde comenzó esa pequeña comunidad de las Pobres Hermanas Clarisas, nuevamente en su vida. Sus palabras resumen lo que su vida ejemplifica: *“Necesito ser absuelta de mis pecados, pero no deseo ser absuelta de la obligación de seguir a Jesucristo.”*

Es cada día que podemos encontrarnos con Cristo como nuestro Maestro, en nuestras labores y nuestro Salvador, en nuestros pecados, pero hay un *encuentro* final que Él nos ofrece, tal como lo hizo con sus apóstoles ese día. Ante todas sus preguntas, temores, luchas y pecados, le suplicaron “¡aumenta nuestra fe!” Y nosotros, mis hermanos y hermanas, ¡debemos hacer lo mismo! No es suficiente servirle, ni arrepentirse, también debemos pedir continuamente por los ojos de la fe, para vernos no solo como siervos, ni pecadores, sino también como hijos. Al principio, Dios también nos hizo a su propia “imagen y semejanza,” y es en esa imagen que nosotros, como Dios, somos capaces de replantar árboles en el océano. Creo que esta es especialmente una imagen poderosa porque captura la posición extraña y paradójica que Dios nos invita a tomar en el mundo. Podemos encajar lo suficientemente bien como trabajadores, o incluso como pecadores arrepentidos, esas son cosas que nuestro mundo no encuentra extrañas, ¿pero un árbol en el océano??? Un icono de Dios en ti, en mí, en nuestros cuerpos, nuestras palabras, nuestras acciones??? ¡Debemos pedirle por la fe para ver esto en nosotros mismos y en quienes nos rodean, y que permita que su imagen se irradie a través de nosotros! Es un regalo final del Espíritu que Pablo nos recuerda que hace esto posible: “Dios no nos dio un espíritu

de timidez, sino un espíritu de ... *amor.*” Es el *amor* que nos permite ejemplificar a Dios en nuestras vidas, el amor que nos hizo hijos del Padre Eterno y el amor que es la base y la altura de cada *encuentro* con Cristo.

Un tercer personaje, nuestro propio Venerable Agustín Tolton, modela una vida llena del amor de Dios por nosotros. Él, rodeado por los mares tormentosos de la esclavitud, el rechazo, la intolerancia, los celos y el cansancio mundano, brilló absolutamente con el amor de Dios. Fue un amor que realizó en sus primeros años de catecismo y servicio en la misa, un amor que lo impulsó a vencer obstáculos tras obstáculos para seguir el llamado del Señor al sacerdocio, y un amor que lo llevó de regreso a su hogar para predicar el Evangelio. y se vierte por todos los que le han sido encomendados. En su corazón, vemos el amor encendido, y nosotros mismos nos encontramos con Dios en la fruta que milagrosamente brotó del tumulto y la oscuridad que eran su propio entorno.

Que su intercesión y la intercesión de Santa Clara y Juan Pablo II, nos enseñan a encontrarnos con Cristo en cada momento que se nos acerca. Hoy,elijamos recibir ese encuentro, abrírnos a Su gracia, aprovechar Su Espíritu y nunca tener miedo de dar testimonio de ese encuentro como siervos, pecadores y santos en formación. Que Dios nos dé esta gracia. Amén.